

# Querido hijo: estamos en huelga

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Ximena Maier

loqueleo

## EL PRIMER DÍA

**E**n el momento de abrir los ojos, Felipe se quedó mirando el techo.

Había una mancha de humedad desde hacía algunas semanas. Cosas de vivir en el último piso. Lo curioso era que la mancha de humedad tenía forma de indio, con plumas y todo. Un inmenso penacho. La cara, de perfil, desde luego pertenecía a un gran jefe. Nariz grande y poderosa, de patata, labios enormes y ojos penetrantes. Él la llamaba Águila Negra. «Águila» por las plumas y «Negra» porque la mancha era oscura, y en la penumbra de la habitación, todavía más.

—¡Jao! —saludó a su compañero.

Águila Negra siguió tal cual.

Felipe se incorporó y miró la hora en el reloj digital de su mesita de noche.

Las nueve y cuarenta.

¿Las nueve y cuarenta?

¡Las nueve y cuarenta!

No pudo creerlo. Era tardísimo. ¿Por qué su madre no lo había despertado? Vale, el cole había terminado hacía tres días, pero ella, como mucho, a las nueve ya lo ponía en pie con su batería de argumentos: que si se le pegaban las sábanas, que si luego se acostumbraba a dormir y en septiembre le costaría volver a tomar los hábitos escolares, que si dormía mucho perdía demasiadas horas del día, sobre todo las de la mañana, que eran las mejores, que si se pondría fondón, que si...

Fue hacia la ventana, subió la persiana y se asomó al exterior.

Ah, un día precioso.

Todavía no era verano. Faltaban dos semanas para irse de vacaciones, pero el día desde luego invitaba a hacer de todo: salir a la calle, divertirse con los amigos, jugar un partido... Bueno, eso si su madre le dejaba, porque después de las notas...

Aplazo en mates.

Aplazo en lengua.

Las dos a la vez, encima.

La bronca que le habían echado sus padres tres días antes fue de campeonato. De órdago. De vuelta a los «que si»: que si no lo aprovechaba, que si sería un burro, que si así no iría a ninguna parte, que

si tendría que recuperar en verano, que si con lo inteligente que era no tenía sentido que suspendiera, que si era un gandul y un vago, que si se distraía con el vuelo de una mosca, que si no ponía atención, que si...

—Mira, Felipe —le había dicho su padre—, estudiar es importante; pero leer, todavía más. Yo no tuve tu suerte, no pude estudiar, pero leía todo lo que pillaba, y gracias a eso soy lo que soy y estoy donde estoy.

—Mira, Felipe —le había dicho su madre—. O cambias y te pones las pilas o un día te arrepentirás, porque ya no habrá vuelta atrás y serás un pobre sin cultura, que es lo peor que hay.

Bueno, faltaban tres meses para los exámenes de septiembre. No iba a ponerse ya a estudiar y leer, nada más acabar el cole. Necesitaba un descanso.

Desconectar.

Esa era la palabra. Los mayores la usaban mucho, ¿no? Pues él también.

A lo mejor por eso su madre no lo había puesto en pie antes, para que «desconectara».

Tenía que ducharse, lavarse los dientes y vestirse. Cosas que le daban siempre pereza, pero más en vacaciones. Qué manía con la ducha. Y qué manía con lo de los dichosos dientes. Total, se le caerían con

setenta u ochenta años, como al abuelo Valerio. Si se los lavaba por la noche, ¿para qué volver a lavárselos por la mañana? ¡No los había usado, por lo tanto seguían limpios!

Mientras salía de la habitación, hizo memoria.

¡Había quedado con Ángel para jugar al fútbol en el parque!

Vale, ese sí era un buen plan.

Así que fue a buscar a su madre, que como trabajaba de traductora en casa, no tenía un horario riguroso ni se pasaba el día en la calle.

## LA GIMNASTA

Su madre estaba en la terraza de la galería haciendo...

—Mamá, ¿qué haces?

—Pues gimnasia.

Felipe abrió los ojos.

¿Gimnasia?

Su madre tenía cuarenta años, era alta, todo el mundo decía que muy guapa, ojos grandes, nariz perfecta, cabello largo y negro, buena figura. Su padre la adoraba. A veces la miraba y le soltaba a él:

—Tienes la madre más preciosa del mundo.

Se querían, claro.

Ahora su madre hacía gimnasia.

Allí, en mitad de la terraza, luciendo un ajustado top y unos pantaloncitos, a la vista de todo el mundo, porque había casas más altas que la suya. Se estiraba por aquí, se estiraba por allá, brazos,

piernas, hacía flexiones, inspiraba, soltaba el aire y así una y otra vez.

Agotador.

Y además tan inútil.

Él hacía lo mismo pero jugando al fútbol, y así se divertía.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome como un pasmarote? —le soltó de pronto.

Felipe reaccionó.

Solía quedarse absorto.

—¿Por qué haces gimnasia? —quiso saber.

—Para ponerme en forma, que luego te descuidas y pasa lo que pasa.

—¿Qué es lo que pasa?

—Pues que el día menos pensado te empieza a colgar todo.

—¿Y a ti cuándo te ha dado por eso?

—Anoche. Me dije: Sonia, es el momento de cambiar. Y aquí estoy.

No paraba.

Hablaba y se movía. Estiraba las piernas, doblaba el cuerpo y tocaba el suelo con las palmas de las manos, hacía genuflexiones, giraba sobre su cintura.

A su madre le pasaba algo.

Cuarenta años. Ya era mayor. La pobre.



—¿Eso que te ha dado tiene que ver con lo de la monopausia?

—Meno, no mono —lo corrigió—. Menopausia —luego lo miró de soslayo, frunció el ceño y preguntó—: ¿Dónde has oído tú esa palabra si no lees nada?

—En el cole —pasó por alto su burla—. Uno dijo que la Florencia suspendía porque estaba monopúsica... bueno, menopúsica.

—¡Qué tonterías! —se enfadó ella—. ¡Y qué manera de faltar el respeto! ¡Sois tontos y encima les echáis la culpa a los demás! —se enfadó aún más y agregó—: ¡Y no, no estoy menopúsica! Eso les pasa a las mujeres mayores cuando dejan de menstruar. Les cambia el carácter un poco, solo eso. No pasa nada. Forma parte de la vida —el enfado llegó al máximo y gritó—: ¡No digas palabras que no entiendes! ¡Es insultante!

—¿Entonces estás bien?

—¡Pues claro que estoy bien! ¡Pesado! ¡Quieres dejarme en paz, que me desconcentras!

—Vale.

Pero no se movió de donde estaba.

Su madre puso cara de fastidio.

—¿Has desayunado?

—No.

—Pues hala.

Qué raro. No lo reñía por haberse levantado tan tarde, ni le echaba la bronca por no haberse duchado. Más aún: no le preparaba el desayuno.

Rarísimo.

Desde luego, los mayores estaban locos. Era imposible entenderlos. Lo que un día era sagrado al otro dejaba de serlo. Se explicaban fatal.

Iba a tener que hacerse el desayuno él.

La pera.

Fue a la cocina, agarró un tazón, lo llenó de cereales; luego abrió el frigorífico y tomó la botella de leche. Casi la derramó cuando se le fue la mano. No dejaba de pensar en su madre haciendo gimnasia.

Una vez desayunado, sin devolver la leche a la nevera, metió el tazón en el fregadero pero ni siquiera abrió el grifo para remojarlo y evitar que los restos del cereal se pegaran.

Se asomó a la galería.

Su madre seguía igual.

Qué raro que no lo controlara.

Bueno, mejor.

Felipe fue a su habitación para vestirse, pasando de la ducha y de lavarse los dientes. Con su madre ocupada, seguro que no se daba cuenta. Se

puso los pantalones de deporte y buscó su camiseta favorita, la de su equipo, para jugar al fútbol con ella.

Pero la camiseta no estaba allí.